



**UNIVERSITY OF  
ILLINOIS PRESS**



**American  
Folklore Society**  
*Keeping Folklorists Connected*

---

Folk-Tales from Oaxaca

Author(s): Paul Radin and Aurelio M. Espinosa

Source: *The Journal of American Folklore*, Oct. - Dec., 1915, Vol. 28, No. 110 (Oct. - Dec., 1915), pp. 390-408

Published by: American Folklore Society

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/534855>

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



**JSTOR**

University of Illinois Press and American Folklore Society are collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *The Journal of American Folklore*

## FOLK-TALES FROM OAXACA.

BY PAUL RADIN.

EDITED BY AURELIO M. ESPINOSA.

I. EL LEÓN Y EL GRILLO.<sup>1</sup>

(Ixtlán, Ixtlán.)

EN un bosque espeso, un león, después de muchos días de no comer, andaba recorriendo las selvas, furioso de su mala suerte de encontrarse sin presa. Al pasar junto a un matorral esperó en donde se escondía un grillo hermoso que quiso burlarse del rey de los animales. Le hizo llamar la atención con un agudo chillido.

No bien hubo terminado, cuando el león dió la vuelta para ver quien era aquel que de una manera descarada le llamaba la atención, faltándole al respeto que se le tenía al rey de los animales. Pero el grillo, más audaz que el león, se acurrucó debajo de la hojaza del lugar, y el león no pudo dar con él. Indignado, dió la vuelta para continuar a buscar su presa, pero poco después, el grillo repitió su canto con más fuerza, que llamó más la atención. El león entonces se precipitó hacia aquel lugar dando fuertes manotadas en el suelo, pero todo fué en vano. El pequeño animal se colocó al pie de un pequeño árbol y nada le sucedió.

Viendo el león que no se repetía el canto y creyendo que se había muerto aquel que lo insultaba, se retiró tranquilo, con la creencia de haberse hecho respetar de sus inferiores. Mas no fué así. Pues el grillo, saliendo de su escondite, se colocó en la rama alta de un grueso árbol, y desde allí repitió su canto, más agudo que antes. El león, indignado y hecho una terrible fiera, regresa y dice en una voz alta e imponente: — ¿Quién es ése que se atreve a insultar a su majestad, el rey de los animales? — Entonces el grillo, con una voz chillona y aguda, le dice: — Éste es el rey de los animales. — El león agrega: — No puede haber dos reyes. — Y el grillo contestó: — No puede haberlo. El grillo ha sido el elegido para gobernar a los animales, y éstos tendrán que respetarlo y obedecerlo todos los animales de la tierra. —

Grande fué la indignación del león al oír estas palabras, y dijo que él era el único rey y que se haría respetar por medio de la fuerza. Lo mismo contestó el grillo, y ambos se hicieron un desafío y convinieron que el rey sería el vencedor en el campo de batalla. Se señalaron lugar y día en que tendría lugar el encuentro. Ambos se

<sup>1</sup> Véase Oskar Dähnhardt, *Natursagen*, vol. iv, p. 197; Bolte und Polívka, *Anmerkungen zu den Kinder- und Hausmärchen der Brüder Grimm*, vol. ii, p. 435. — F. B.

separaron y cada quien se dedicó a reunir su ejército, que tenía que ser bastante grande, pues en aquellas selvas habitaban infinidad de animales de todas clases.

El león se mostraba bastante confiado en su triunfo, pues decía que era imposible que el grillo le ganara, teniendo él a su lado los animales más grandes. Por medio de unos emisarios mandó llamar a su lado a todos los animales cuadrúpedos de la selva y todos se prestaban a su llamamiento y todos aprobaban la idea. Empezaron a desfilar para dirigirse al lugar convenido. Grandísimo era aquel ejército compuesto de elefantes, tigres, lobos, coyotes, venados, toros, zorras, conejos, carneros, cabras, caballos, burros, perros, gatos, comadrejas, castores, ardillas, y en fin todos cuantos animales cuadrúpedos que existen en el mundo. Era un ejército que adonde pasaba dejaba enteramente limpio el suelo, y ocupaba leguas al caminar y hacía un gran ruido, que ellos mismos se asustaban. Y para que no pisaran los más grandes a los pequeños y para no cansarse en su larga caminata, los grandes cargaban a los pequeños, yendo a la cabeza de aquel gran ejército el león.

Por su parte el grillo hizo otro tanto. Reunió a todos los animales de su clase e hizo invitación muy especial a las avispas, de quienes pensaba depender su triunfo. Logró reunir también a su gran ejército hormigas, avispas, zancudos, moscas, abejas, langostas, murciélagos, y en fin todos cuantos insectos dañinos encontró. A la cabeza de este ejército marchó para el lugar convenido. Habiendo llegado antes que el león, colocó a su ejército debajo de las hojas secas, en el suelo entre las grietas de la tierra, en las ramas de los árboles y en todas las partes ocultas que encontró; esperando con impaciencia que llegara el momento.

Por fin se aproximaba el ejército enemigo y vio lo grande que era y le causaba miedo con ellos. Habiendo antes convenido con los suyos las contraseñas para lanzarse sobre los enemigos, se quedaron quietos. Orgulloso se presentó el león, dirigiendo sus miradas al alrededor. Creyó ser engañado, pero habiendo llamado al grillo, éste le contestó que estaba dispuesto. El león le preguntó que adónde estaba su ejército, pues él nada veía y no sabía su tropa con quien combatir. El grillo dijo que estaba listo y que lo que esperaba era su indicación. Como el león nada veía, en tono de desprecio dijo que bien podía empezar el combate, pues él no sabía con quién combatir. Entonces el grillo dió un fuerte y largo — *Gri . . . Gri . . . Gri*, — que era la señal convenida, e inmediatamente salieron de su escondite los partidarios del grillo y acometieron de una manera audaz y desesperada a sus enemigos que no esperaban tal combate. Pues los murciélagos se dedicaban a chuparles la sangre a todos los animales y a quererles sacar los ojos. Las avispas les clavaban su agudo pinzón en todas las

partes del cuerpo, y centenares de moscas se posaban en sus ojos y en sus narices, que materialmente les era imposible combatir, pues eran insuficientes para defenderse de aquellos animalitos. En la confusión que hubo, los mismos animales se comenzaron a pegar, resultando así un combate entre partidarios que muy pronto quedaron convencidos de su derrota. Para retirarse de aquel lugar, muchos de ellos, ciegos y tuertos, salieron huyendo. Los partidarios del grillo fueron tan tenaces que los persiguieron a muchas leguas, habiendo desde entonces conocido al grillo como su rey.

## 2. EL CAZADOR Y LA ZORRA.<sup>1</sup>

(Ixtlán, Ixtlán.)

Un cazador se levantó muy temprano para salir al campo a hacer algunas cazas. Se despidió de su familia, diciendo que después de medio día estaría de vuelta. Tomó su arma y un ligero machete y se hizo seguir de dos buenos perros propios para correr tras de la presa.

Después de una distancia de una legua y media, se metió en un espeso monte en donde abundaban venados, liebres, ardillas, y conejos, y el cazador, con mucho tiento, empezó a recorrer aquel monte, teniendo cuidado de hacer poco ruido para no espantar a los animales.

Ya había andado en aquel monte más de cinco horas sin encontrar a nadie y se empezaba a impacientar, y en un momento de cansancio se sentó a descansar al pie de un gran encino, sobre un montón de piedras que estaban cubiertas por las hojas secas del árbol. Empezó a pensar de lo que debía de hacer, si regresar a su casa o volver hasta encontrar algo que llevar a su casa. Después de mucho descansar y pensar, y sin saber qué hacer, se paró de aquel lugar. Pero al pararse, voltió la cara hacia el lugar de donde salía un pequeño ruido. Miró que entre dos piedras que estaban sobrepuestas, sacaba la cabeza y la cola un coralillo que hacía por quitarse aquello que cargaba y no lo dejaba buscar sus alimentos.

El cazador, lo que luego quiso hacer fué matarlo, pero reflexionando después y compadeciéndose de aquel pobre animalito, lo que hizo fué levantarle la piedra que tenía encima para que fuera a buscar su comida. Pero el coralillo, como si le hubiese hecho un mal, quiso picar al cazador. Éste al ver la ingratitud de la culebra, le habló, diciéndole que no lo picara, que si así pagaba por haberla libertado. Pero el coralillo no ponía atención y lo comenzó a corretear, diciéndole que un bien se pagaba con un mal. El cazador le decía que no era así, que un bien se pagaba con otro bien, y que lo probaba delante de tres testigos que dirían lo mismo. Logró el cazador convencerla,

<sup>1</sup> Véase Migne, *Patrologia Latina*, tomos clvii (1899), 679 a, y this Journal, No. CIV, páginas, 139-140, y 227. — A. M. E.

y los dos empezaron a buscar los testigos, porque también puso tres el coralillo.

Después de andar mucho llegaron a un llano, y cerca de una ciénega, se encontraron a un toro viejo que ya no se podía parar. El cazador se adelantó y le habló, preguntándole si no era cierto que un bien se pagaba con un bien. El toro le contestó que no era así, que un bien se pagaba con un mal, porque así le sucedió con su amo. Cuando era joven le atendía bien porque así también trabajaba, y que cuando ya no pudo trabajar, lo abandonó. El cazador se entristeció por haber perdido la primera vez. Siguieron caminando hasta que llegaron en la punta de una loma, en donde se encontraron a un caballo que también era muy viejo. Entonces el coralillo le dijo: — ¿No es cierto que un bien se paga con un mal? — El caballo le dijo que así era, que él lo había experimentado con su señor, que después de servirle muchos años le había abandonado.

El cazador se entristeció más, pues ya no le faltaba más que otro testigo que perder para que le picara el coralillo. Siguieron caminando todavía mucho, cuando llegaron a la orilla de un río. Allí se detuvieron un momento, cuando de repente, salió sacudiéndose de una cueva una zorra, que al ver al cazador quiso correr, pero los dos le dijeron que se parara, que querían que les arreglara un negocio que les precisaba. El coralillo le dijo a la zorra si no era cierto que un bien con un mal se paga, y que así lo habían dicho otros dos animales. La zorra se puso muy seria a reflexionar como contestar, y creyendo que si le ayudaría al coralillo para que éste picara al cazador, le sería más fácil matarla, y haciéndolo por interés propio, contestó que no, que un bien se pagaba con un bien. Pero como el coralillo no quedaba conforme, entonces hizo que le contaran como sucedió desde un principio.

Empezó el cazador a contar todo lo que había pasado, pero la zorra no se conformó con aquello y quiso que el cazador le enseñara como había encontrado al coralillo. El cazador le dijo al coralillo que se pusiera como estaba, y él agarró una gran piedra y se la echó encima. No conforme con eso, le dijo que se metiera más. Obedeciendo, el coralillo se metió más, y entonces le echó la piedra encima y le dijo que hiciera por salir. Pero como no podía, entonces la zorra le dijo al cazador que lo dejara, que así ya no le picaría. Y los dos se separaron de aquel lugar, dejando machucada a la culebra.

La zorra entonces le dijo al cazador que le pagara con alguna cosa aquel favor que le había hecho. El cazador le dijo que sí y que le dijera lo que quería. La zorra le dijo que se conformaba con tres o cuatro gallinitas que le diera, pues tenía mucha hambre. El cazador le dijo que sí, pero que fuera con él al pueblo porque allí las tenía. La zorra dijo que sí, y los dos empezaron la caminata hacia el pueblo.

Ya para llegar al pueblo el cazador le dijo: — Espérame allí, — señalándole a una lomita de dondó se veía su casa. — Yo iré a traerlas, porque si vas conmigo hasta la casa, tengo muchos perros que te pueden hacer mal. — La zorra, obedeciendo, se puso a esperar en aquel lugar, esperando a sus gallinas que tenía que comer. Al llegar el cazador a su casa, le contó a su mujer todo lo que le pasó, diciéndole que fuera al gallinero a traer a cuatro de las gallinas más grandes que tenían. Pero la mujer no le hizo aprecio y llamó a sus perros para que fueran a corretear a la zorra. Cuando éstos llegaron adonde estaba la zorra, ésta comenzó a correr para que no la alcanzaran. Después de haber corrido mucho, y estando muy cansada, voltió la cara y se paró viendo para la casa del cazador, y entonces dijo: — Bien dijo el coralillo: — Un bien se paga con un mal. —

### 3. EL LEÓN.<sup>1</sup>

(Ixtlán, Ixtlán.)

Un león andaba en un monte grande buscando sus alimentos, cuando oyó que otros dos animales platicaban seriamente, diciendo que además del león había otro animal que era más fuerte que él y que tenía más poder sobre todos ellos, pues a todos los animales les hacía como él quería, sin que pudieran hacerlo ellos. Al oír esto, el león se enojó, diciendo que sólo él era el más fuerte y el que tenía más poder, pero que quería saber quien era ése que se decía ser más fuerte.

Anduvo mucho para encontrarse a un toro grande y viejo. El toro se asustó al verlo y quiso correr, pero el león le dijo: — Oye, amigo, no corras, que quiero hablar algo contigo de un negocio que quiero me digas. — El toro le dice: — Si no me haces nada puedes arreglar todos los negocios que quieras, y todo lo que me preguntes te contestaré, si puedo. — El león le preguntó: — ¿Es verdad que hay otro animal más fuerte que yo y que todo lo puede hacer, sin mucho trabajo, y que nos domina a todos? — Sí, es verdad. — ¿Y quién es ése? Lo quiero conocer y pelearme con él para ver si me gana. — Ese animal es el hombre; y que si te gana. — ¿Y es muy grande ese hombre que tú llamas? — No; es un animal pequeño para nosotros. — ¿Y es muy fuerte? — No, pero es muy valiente. — ¿Y adónde lo encuentro, que quiero conocerlo? — Anda mucho y pregunta por él. —

Anduvo mucho el león hasta que se encontró a un venado, que en cuanto lo vió, quiso correr. Pero lo atajó el león y le dijo: — Oye, ¿que tú eres el hombre? — No, — le contestó. — ¿Quieres conocer al hombre? — Sí; me dicen que es más fuerte que yo. ¿Es cierto? Y también me dicen que es nuestro rey. — Sí, es nuestro rey. — ¿Tú

<sup>1</sup> Nicolaus Pergamenus, *Dialogus creaturarum*, ed. Grüne 1880, p. 232. Véase Bolte und Polívka, vol. ii, p. 96. — F. B.



lo has visto? — Sí. — ¿Y es muy grande? — No. — ¿Y te has peleado con él? — No, porque me gana. — ¿Entonces, cómo es que te pega si es más chico que tú? — Porque el hombre me pega de lejos y me mata. — ¿Y cómo es eso? — Pues tiene una escopeta y con ella me mata. — ¿Es decir que antes de llegar delante de él ya puede pegar y matar? — Sí, así es. — Entonces ¿me puede matar? — Sí. — Pues yo quiero pelearme con él y ganarle. Quiero verlo. ¿Adónde lo encuentras? — Anda y acércate a aquel lugar, — le dijo, señalándole terrenos cultivados, — y allí lo encontrarás. —

El león siguió andando en derechura a aquel lugar que le señaló el venado, y después de andar mucho, se encontró a un caballo grande y viejo, y acercándose a él le dijo: — Oye, ¿que tú eres el hombre? — No, yo no soy el hombre. Yo he sido su servidor. — ¿Cómo es eso? ¿Tú le has trabajado al hombre? — Sí. — ¿Y no te da vergüenza decirlo? ¿Tú tan grande y trabajarle a un animal más chico que tú? — Es verdad. Pero es muy mañoso. A nosotros, desde chicos nos hace trabajar, nos echa aparejo y nos echa la carga encima. Viajamos cargando, y a veces nos echa la silla y nos monta, es decir, lo cargamos. Nos pone el freno en la boca y hace lo que quiere con nosotros. — Pero ¿qué tanto puede hacer ese animalito con Uds? ¿Porqué no lo matan? — Porque vendrían los hombres y nos matarían. — Entonces ¿esos animalitos son bastantes? — Sí, éstos son muchos. Viven juntos en un lugar y forman grandes pueblos. — Pues yo no lo creo y quiero encontrarlo para luchar con él y ver si es más fuerte que yo.

Seguió caminando, y después de pasar por más montes y más llanos y otros ríos, se encontró el león a un conejito que en cuanto lo vió, corrió. Pero el león creyendo que era el hombre, le dijo: — Párate, compañerito, que no te quiero hacer nada, sino que lo único que quiero es que me digas si tú eres el hombre. — No, yo no soy el hombre. Yo me llamo conejo. — ¿Conoces a ese animal que se llama hombre? ¿Que es verdad que puede hacer lo que quiere y sin ningún trabajo? — Sí, es cierto. Lo he visto matar de lejos, tirar grandes árboles, limpiar los montes y sembrar las milpas. — Quiero conocerlo. Quiero pelearme con él. Quiero ver quien es más valiente, porque no puede haber otro más grande que el león. Quiero saber adonde lo encuentro. — El hombre no está muy lejos de aquí. ¿Ves allá donde sale aquello que parece nube? — le dijo, señalándole un cerro cercano. — ¿Que aquello es humo de la lumbre que hace el hombre? — Camina, y hoy mismo lo encuentras, y sabrás quien es ese animal. Pero lo que sí te digo es que te cuides, que puede pegarte antes que le conozcas. — No tengas cuidado, que yo también sabré como hacerlo. —

El león siguió caminando, y viendo que ya era tarde y que no podría encontrar al hombre, se entretuvo a la orilla de una ciénega para

pasar la noche, para esperar si no iría al lugar algún animal, para saber algo más del hombre. Ya había anochecido cuando se presentó con mucho cuidado un coyote que andaba buscando agua para tomar. Pero al ver al león, no quiso hablarle, pero el león lo vió y le dijo: — Oye, amigo coyote, ¿qué andas buscando por estos lugares en donde nada se encuentra? — Voy a un rancho que está acá delante para ver qué puedo encontrar para comer, pues no he encontrado nada por donde pasé. — ¿Y adónde es ese rancho? ¿Y qué puedes encontrar? — ¿Pues que no sabes que los ranchos son las casas de los hombres, en donde tienen a sus familias y donde guardan sus cosas de comer? Allí hay muchas gallinas y perros, y si quieres, veremos si podemos coger unas para nosotros. Las gallinas son para mí y los perros son para ti. — Muchas gracias, pero no puedo acompañarte. Lo que sí quiero es que me digas quien es ese animal que se llama hombre. Me han dicho que es un animal que manda a todos y a todos les gana. Dicen que puede matar a uno de lejos y yo quiero pelear con él para saber si es cierto. — Bueno, pues te diré lo que he visto del hombre. Tú sabes que yo soy muy astuto. Pues el hombre me gana. A nosotros no nos puede ver porque cuando podemos le cogemos sus gallinas para comerlas. Tiene una escopeta que le sirve para pegarnos de lejos, y en sus sembrados de milpa nos pone trampas, donde algunas veces caemos y nos mata. Tiene muchos perros que sirven para corretearnos. VV. no pueden matar a esos hombres ya que tienen perros para corretearlos. No; esos hombres son animales muy poderosos y nada se les puede hacer. — Pero a mí no me harán nada porque yo soy el rey de los animales, y sólo espero que amanezca. — Ten mucho cuidado, porque te puede matar de lejos. — Mañana lo verás que en un momento haré que ese hombre me respete. —

A la mañana siguiente se levantó temprano el león. Después de beber agua, emprendió la marcha. Poco anduvo para llegar a una loma, y en un cerco de madera estaba fuertemente amarrado por medio de una cadena un perro. Al ver al león, empezó a ladrar fuertemente, haciendo grandes esfuerzos para soltarse. El león, antes de hablarle, decía: — Éste es el hombre, y habla muy fuerte. — Se le acercó y le dijo: — Oye, no me hables tan fuerte. Mira que nada te quiero hacer. Sólo quiero preguntarte que si tú eres el hombre. — No; yo no soy el hombre. Yo soy el perro, un fiel servidor del hombre. — ¿Y qué haces aquí, amarrado? — Pues aquí me ha puesto el hombre que cuide a su milpa, para que no vengan los demás animales a hacerle daño. — ¿Y para eso te ha amarrado? — Sí, y hasta aquí me trae mis alimentos. — ¿Y quién es ese hombre, que mucho quiero conocerlo? Pues me han dicho que es un animal de mucho poder, y quiero saber si tiene el mismo poder que yo, que soy el rey de los animales. — Ah, sí, tiene mucho, al grado de ser él el



rey de los animales, pero de todos. A todos los hace como él quiere. Y si quieres conocerlo, no está muy lejos. — Dime hasta donde lo encuentro, para verlo. — Pues mira; baja por esta cañadita y intérrnate en ese bosque y allí lo encontrarás cortando árboles. —

El león siguió el camino indicado, y a poco oyó el ruido de los hachazos donde el hombre cortaba árboles. Estando muy cerca de él, el león dió un grito. Al oírlo, el hombre se asustó, y al verlo, levantó inmediatamente su arma para dispararle, cuando el león le dijo: — No pegues. No te quiero hacer nada. Lo único que quiero saber es si tú eres el hombre. — Sí, yo soy el hombre y he sido nombrado rey de todos los animales del mundo. — Bueno, pues también yo soy rey, y quiero luchar contigo para saber quien de los dos es más poderoso. — ¿Conque quieres luchar conmigo? Pues cuidáte de hacerlo, para que veas como soy de bueno para con todos. Sí; lucho contigo, pero antes quiero que me ganes en tres apuestas, para ver si me ganas en ellas. Entonces lucharemos; y si te las gano, no lucharemos y quedarás convencido de que yo soy tu rey. — El león respondió: — Acepto la proposición. — Bueno, si tú arrancas con un manotón la cáscara que yo arranco con mi hacha de este árbol me habrás ganado la primera apuesta. — Bueno. Quedo conforme. —

El hombre con un hachazo arrancó una gran cáscara. Pegó el león un manotón y lo único que pudo hacer fué arañar el árbol. — Te he ganado, — dice el hombre. — Ahora, vamos a la segunda. Si cortas este pequeño palo con cuatro manotadas, como yo lo hago con un hachazo, entonces me ganas. — El león dió cuatro manotadas y apenas le quitó la cáscara; y dió el hombre un hachazo y lo hizo dos pedazos. — Te he ganado la segunda y ahora queda la última. Con mi hacha rajaré este trozo de árbol, y una vez metida el hacha y la cuña, meterás la mano para hacerlo pedazos. — Bueno, — dice el león. El hombre, de dos hachazos, logró rajar el trozo, y una vez metida una gran cuña, logró sacar su hacha, y entonces le dijo al león: — Mete tus manos y haz pedazos ese trozo. — El león metió las manos, y el hombre sacó la cuña; pero como no pudo tener las fuerzas para rajarlo, se le quedaron las manos machacadas entre la rajada.

Entonces le dijo al hombre: — Me has vencido. Ahora todo lo que quiero es que me saques las manos parairme. — No, porque tú me puedes matar. — Seré tu fiel amigo si me libras de este lugar, y te salvaré de todos los peligros donde quiera que me encuentres. — Bueno, pero antes me has de dejar una prenda de tu fidelidad. — Bueno, pues, ¿qué quieres que te deje? — Déjame tu cabeza. — No; porque me matarías. — Entonces, tu mano. — Tampoco, porque me quedaría manco. — Bueno, pues déjame tu pierna. — No, porque me quedaría cojo y no podría andar. — Entonces te quito la vida. — No

seas ingrato, déjame libre. — Pues entonces, ¿qué quieres dejarme? — ¿Qué quieres? — Bueno, pues déjame una tira de tu lomo. — El león quiso y el hombre le arrancó una gran tira de su lomo. Después se repuso con una raja amarilla que siempre lleva en el lomo.

El león quedó convencido que el hombre es superior a él; y en virtud de ese compromiso, el león tiene la obligación de salvar al hombre de un peligro con los demás animales.

#### 4. EL LEÓN, EL REY DE LOS ANIMALES.<sup>1</sup>

(Ixtlán, Ixtlán.)

Antes de que el león fuera entre los animales el rey de ellos, los animales no tenían con quien pedir justicia, andaban por su propia cuenta y hacían lo que querían. Los negocios particulares de ellos se los arreglaban a su modo, y se hacía lo que decía el animal más grande, porque la justicia estaba donde estaba la fuerza. Pero los animales no estaban algunos conformes con aquello, porque había muchos que sufrían y que no hacían nada mal a los demás. Entre éstos animales estaban los venados, pues éstos eran los más perseguidos y los que menos daños causaban a los demás animales.

Una vez se juntaron en el monte y en la orilla de una ciénega, un venado, un burro, y un carnero, y empezaron a hablar del mal trato que les daban los animales más grandes, y entonces dijeron que cada quien pensara como ayudarse unos a los otros para defenderse de los animales más fuertes, y que lo pensado lo dirían al otro día, para ver qué era bueno hacer. Con esa condición, se separaron y cada uno se fué pensando lo que sería mejor hacer.

Al otro día se encontraron, y cada uno dijo lo que creía más bien hacer. El burro dijo que lo que creía bueno hacer era ser bravo con todos y no dejarse de ninguno. Esto que dijo no fué admitido por los otros dos animales, porque dijeron que no tenían las fuerzas que se necesitaban. El venado dijo que él pensaba que para librarse de esos perjuicios era mejor que huyera de aquel monte, hasta donde ya no encontrar más animales. El burro dijo que en donde quiera que fueran tendrían que encontrar animales, y sería lo mismo irse de allí que estar en aquel lugar. — Pues entonces, que diga el carnero qué es lo mejor, — dijo el venado, — para ver si es cosa que se puede hacer.

Comenzó el carnero a hablar y dijo que lo que sería mejor hacer era nombrar entre todos los animales a uno que desempeñara el cargo de juez para que arreglara todos los negocios de sus compañeros, pero que para eso necesitaban que ese juez lo nombraran todos los animales y que estuvieran conformes con lo que aquel dijera. El venado dijo

<sup>1</sup> Véase Oskar Dähnhardt, *Natursagen*, vol. iv, p. 191. — F. B.

que estaba conforme y que le dijera el carnero qué era bueno hacer luego para hacer lo que él quería, pues creía que era bueno lo que decía. El carnero dijo que fueran a llamar a todos los animales del monte, pero que no faltara ninguno, y no solamente a los animales grandes sino que también a los animalitos que se encontraran en el mundo, y que después ellos harían lo mismo. Cada animal se fué por su lado, diciéndoles a los animales el término de días de que disponían para reunirse en un solo lugar, como se dispusiera.

Cuando llegó el día, todos los animales que hay en el mundo se encontraron en aquel lugar, y eran tantos que al pasar por un río grande y al tomar todos un trago de agua hicieron secar el río, cosa que había hecho también pasar a los demás animales que el agua se los podía llevar. Cuando ya estaban todos, el carnero se paró en un gran peñasco y desde allí les habló a todos los animales, diciéndoles que como todos andaban alarmados y sin ningún principal, que todos, aquellos animales dijeran a quien querían ellos que fuera el principal, que escogieran al más bueno, y que aquél fuera el rey de todos para que de todos fuera respetado.

Todos los animales querían ser el rey. Pero después, viendo que nada se arreglaba, les habló el venado, diciéndoles la falta que hacía entre ellos uno que respetaran para que les hiciera justicia. El carnero dijo que era bueno que nombraran a un animal que fuera de los que se mantuvieran de hierbas para que así no tuviera que matar a los demás animales para comérselos, y que entre éstos, tenían al elefante. Muchos animales no quedaron conformes, porque decían que aquél era grande y no podía atender a los chiquitos, y también porque no era fácil encontrarlo pronto, pues vivía muy lejos.

Después se propuso al tigre, a la serpiente, pero no fueron aceptados porque decían que eran bravos. Ya acabándose la junta porque nada les gustaba, se hizo la última proposición, que fué la del león, que aunque también se mantenía de carne, era menos malo que los demás. Se pusieron a hablar entre todos los animales, entre ellos mismos, de sus fuerzas, su valor y lo bueno que era, y empezaron a gritar: — ¡Viva el león, nuestro rey y señor! —

De esta manera se nombró al león rey. Cuando se puso la corona en el cuello, se hicieron muchas fiestas, muchas comidas, música, bailes. El eco del ruido de la música que les mandó su dios de ellos es el ruido de las aguas de los ríos, y el retumbo cuando llueve, porque también su rey se contentó porque ya tenía a su jefe.

##### 5. EL PAVO REAL.

(Ixtlán, Ixtlán.)

Un pavo real que habitaba en los montes, era objeto de miles de alabanzas de todas las demás aves. Todos lo envidiaban, todos

VOL. XXVIII.—NO. 110.—27.

querían tener algo de él. Todos suspiraban porque Dios no los hizo semejantes a aquella ave. — Bueno, — decía él, — ¿y cuál es eso bueno que les llama tanto la atención, que yo no comprendo? ¿Que en verdad seré el ave más hermosa que existe en el mundo? Pero vamos a indagar en donde llevo lo más bonito. —

Se encaminó para la orilla de un río a donde creyó que encontraría a la mayor parte de las aves. Efectivamente, así fué. A cada momento se detenía y preguntaba a las que encontraba en donde llevaba lo más hermoso, para que fuera objeto de tantas atenciones. Todos le contestaban que en el plumaje, y otros le decían que especialmente en la cola, y otros que en la cabeza, y otros más que en las alas, pero que lo que regularmente era lo singular era la forma que adquiere cuando levanta la cola y la extiende, pues la hermosura de sus plumas en los rayos del sol le dan un color bastante atractivo. Satisfecho quedaba el pavo con cada una de estas alabanzas, y le llegaron a decir tanto que en verdad se creía el más hermoso, y creyó que reunía todas las cualidades para ser el único en su clase.

Ya después, su carácter empezaba a cambiar y empezaba a envanecerse, al grado que comenzó a fastidiar a sus compañeros con su orgullo de ser el más hermoso. De repente se encontró con un gavián que le dijo lo mismo. Pero como lo dijo con tanto orgullo y con tanta pretensión, no dejó de desagradar al gavián, y éste para castigar su orgullo, le dijo: — No creas, amigo pavo, que eres el ave más hermosa que existe en el mundo. Estás muy equivocado. Lo que sólo tienes es un hermoso plumaje, pero después de eso nada más se encuentra en ti. Si tuvieras además del plumaje, un canto semejante al del gilguero, unas patas tan hermosas como las de las palomas, entonces te podrías acercar a las cualidades que tu pretensión te hace creer que posees. Pero agáchate y mírate las patas, y desengáñate. Y compara tu feo chillido al hermoso canto del gilguero y verás lo cierto que es lo que te digo.

El pavo observó lo que el gavián le decía y se quedó triste, pensando en las verdades que le acababan de decir y la humillación que acababa de sufrir de un animal tan malo como el gavián. Después recobró ánimo y se dijo: — Esta es una mentira de un animal tan perverso como es ése, y me lo dice por la envidia que me tiene, y no haré caso de ello. — Sin embargo, para cerciorarse de que si era verdad o no, continuó su camino. Después se encontró con una gallina, y le dijo: — Buena amiga, ¿verdad que soy el ave más hermosa que existe en el mundo? — La gallina se puso a pensar qué contestarle, y le dijo: — No lo creas, tonto. No lo eres. Lo único bonito que tienes es tu plumaje. Verdad es que llama la atención, pero te debo decir que te faltan otras cualidades que hacen ser más hermoso. — ¿Y sabes cuáles son esas cualidades? — La utilidad que se presta al hombre, pues eso te

falta. Únicamente sirves para adorno, y nada más. Para ser el único, necesitabas tener el canto de los pájaros, los piés de los palomos y la utilidad que nosotros le ofrecemos al hombre, como es la de servir de alimento. —

El pavo se sintió contrariado y vió que el gavilán no lo había engañado y empezó a entristecerse. Se despidió de la gallina y siguió caminando. Poco después se encontró con un zopilote, y le dice: — Amigo mío, ¿no es cierto que soy el ave más hermosa que existe en el mundo? — ¿Y quién te ha dicho eso? — ¿No ves pues mi hermoso plumaje? — Sí, pero, pero eso no quiere decir que por eso seas el ave más hermosa. Te falta tener la cualidad principal y es la utilidad que les prestas a tus semejantes y al hombre. Tú no sirves para nada, únicamente para ornato. — Basta que seas tan feo para que me insultes de esa manera. — No insulto, sino que digo la verdad. Y lo que si te aseguro es que ninguna otra ave podrás encontrar que sea tan útil como yo, y estoy dispuesto a probarte ante los testigos que quieras. — Al ver que coincidía con los argumentos que también la gallina le había dicho, empezaba a dar crédito a lo que era una realidad.

Pero no paró allí. Se dirigió a la orilla del río, y al llegar se encontró con una laguna en donde dirigió su mirada para verse, pero lo hizo tan bien que pudo observarse y convencerse a sí mismo que tenía un plumaje muy hermoso, pero que tenía unas patas bastante feas.

Al poco rato apareció entre la arboleda un hermoso gilguero que llamó su atención con su hermoso canto. Quiso imitar aquel canto, pero lo hizo tan mal que se horrorizó de su voz y quedó enteramente convencido de que en realidad no podía ocupar el lugar que él creía tener entre todas las aves. Y fué tanta su contrariedad y su tristeza que dijo que lo habían engañado, y se llegó a entristecer tanto que le costó muy cara su vana pretensión, y por crédulo en las adulaciones de sus compañeros.

## 6. LOS DOS MACHINES Y LA ZORRA.

(Ixtlán, Ixtlán.)

Dos machines andaban en el campo buscando qué comer, porque llevaban dos días de no comer. Después de recorrer por muchos lugares por donde salían y donde había árboles frutales, viendo que no encontraban nada, el uno le dijo a su compañero: — Acerquémonos a ese pequeño arroyo que corre al fondo de esa cañadita y tomemos un poco de agua para tomar otro poco de aliento para seguir después recorriendo el bosque en busca de algunos otros alimentos.

Así lo hicieron. Ya al llegar al fondo, se encontraron con un árbol

grande de encino, hueco y de una frondosa enramada. Al pie de aquel hermoso árbol, triste estaba sentado un mañoso zorro, que también le preocupaba que durante dos noches enteras apenas se había alimentado con unos pedazos de gallina que un compañero suyo le había ministrado. Estaba allí porque en el hueco de aquel árbol había una colmena que tenía mucha miel, con la cual quería quitarse el hambre. Pero tropezaba en la dificultad de que no podía extraerla libremente, sin ser mordido por las abejas que salían en montones por un pequeño agujero.

En aquello estaba pensando cuando llegaron los dos machines que lo sacaron de su meditación, y alegremente le dicen: — ¿Qué haces, amiga zorra? ¿En qué te entretienes? ¿Porqué estás tan triste? ¿Algo te sucede? La zorra que no quería contarles su triste situación, y por quererles hacer una broma, contestó con toda tranquilidad: — Nada; aquí me tienen VV. pensando como hacer para establecer la disciplina a mis alumnos que son tan guerristas. Pues, como saben, soy maestra de escuela de las abejas. — ¿Y en dónde están tus discípulos? — le contestan. — Aquí los tengo. Están en su salón. Me he salido de él porque hacen mucho ruido. Y para que me crean, acérquense a oír sus gritos.

Se acercaron los cándidos machines y dijeron que efectivamente hacían mucho ruido.

— ¿Y qué piensas hacer, amiga zorra? — continuaron diciendo sus visitantes, que se sentaron para platicar más tranquilos con el maestro. Ella, muy seria, contesta: — A la verdad, no sé qué hacer. Pienso separarme de ellos, pero tengo un inconveniente que me impide hacerlo. Pues haciéndolo así, perdería todas mis economías de muchos años de trabajo y me quedaría sin comer, entre tanto no encuentre trabajo. Esto es lo que me hace pensar en esta situación. Por otra parte, me conviene la separación, porque así, buscando otro trabajo, estaría más contenta y con menos molestias y mayores ganancias. Estoy indecisa y no sé qué hacer.

— Consideramos tu situación, — dijo un machín, — y ojalá que con nuestra ayuda, que con gusto te daremos, podamos en algo ayudarte. — Agradezco en extremo su ayuda y la acepto con gusto. Dínos como te ayudaremos. — Lo que les pido es poco y estoy segura que no rehusarán. Pues bien, quédense por unas cuantas horas acá a la puerta del salón de la escuela y cuiden que no salgan los alumnos. Entretanto, voy en busca de un compadre mío, con quien tengo que hablar sobre un asunto de importancia. Si por algún motivo me tengo que tardar, lo que no creo, y necesitan de algunos alimentos, bien pueden tomarlos de mis almacenes que están en el salón de esa escuela, y en ellos encontrarán algunos panecitos con una miel muy agradable y pueden tomar la que gusten. Y a mi regreso podemos



hablar de algún negocio de importancia para VV. Diciendo esto, se internó en el bosque. Cuando estuvo a una regular distancia, se decía: — He gozado con estos tontos y ojalá los dos metan las manos para que prueben el exquisito piquito de esas abejas, para que otra vez no sean cándidos esos animales. Entre tanto, busquemos nuestro alimento que tanta falta me está haciendo. — Y diciendo esto, se internaba más en el bosque.

Los machines permanecieron en aquel lugar esperando el regreso de la zorra, pero transcurría tiempo y ellos que estaban sin comer; empezaron a hablar de esta manera: — Oye, compañero, bueno sería que fueras a buscar algo de comer y me trajeras; entre tanto, me quedo cuidando el salón del amigo zorro, que ya no dilatará en regresar, pues ha transcurrido el tiempo que nos ha fijado. El otro respondió: — No soy de ese mismo parecer, y lo que creo más acertado es tomar algo del alimento que dice el maestro tener guardado aquí adentro. — Tienes razón, pero será algo difícil sacar esos alimentos. — Sí, pero ha de ser un alimento muy exquisito, pues es miel la que dice que tiene guardada. — Pero sus alumnos se opondrán a ello. — No lo creas. Les decimos como nos hemos quedado, y no serán tan malos de negarnos lo que no es de ellos. — Bueno; abre la puerta y mete la mano, y veremos lo que hacen. En el momento empezó a quitar unas cáscaras del árbol que servían de puerta. Una vez agrandada la puerta, empezaron a salir innumerables abejas. Al ver aquello, dijeron que era muy conveniente que a un mismo tiempo metieran sus manos para coger aquellos panecillos de miel que ya habían visto y que suponían eran de los almacenes de su amigo, el zorro.

Así lo hicieron; pero apenas llegaron sus manos a tocar aquéllos cuando sus largas y peludas manos se vieron cubiertas por infinidad de abejas que advertidas de lo que pasaba se les pegaban fuertemente y mordiéndoles y picándoles no los dejaron que se llevaran sus alimentos. Cuando los machines se dieron exacta cuenta de lo que pasaba, sacaron las manos, queriendo deshacerse de aquellos animales, pero no pudieron porque ya éstos se habían también agrupado en todo su cuerpo. Por último, no siéndoles posible seguir en aquel lugar, emprendieron una larga carrera para no seguir siendo molestados. Sin embargo, muchas abejas los siguieron.

Sin fuerzas ni aliento llegaron en un gran terreno plano, donde pudieron descansar algo y verse libres ya de sus enemigos. Fué entonces cuando se dieron cuenta de la mala partida que les había pegado el astuto zorro, y cuando comprendieron que todo lo que éste les había dicho era puro engaño, entonces acordaron vengarse de aquella traición y maduraron bien su plan para no fracasar en su intento.

Con esto se pasaron días en que no habían encontrado al zorro, que éste tampoco deseaba encontrarlos. Cierta <sup>1</sup> día andaba el zorro también muy de malas en cuestión de alimentos, y de repente se encuentra con sus dos antiguos camaradas, y alegremente empiezan a platicar. El zorro cuenta su triste situación y dice que no sabe en donde puede encontrar algún alimento, porque por aquellos lugares era difícil encontrarlo. Los machines que ya tenían todo preparado, le dicen: — Mira todos esos extensos llanos cubiertos de una magüeyera hermosa, la que ya ha empezado a dar su beneficio. Pues bien, nosotros somos los encargados de cuidar todo eso y de administrarlo. Así es que podemos disponer de ellos como si fueran nuestros. Nosotros somos como siempre tus amigos, y deseando ayudarte en algo, te ofrecemos si quieres un poco de agua-miel que calmará un poco tu hambre, pues hemos sabido que a VV. les gusta esa bebida. — Un favor muy grande me hacen con esa oferta y estoy pronto a aceptarla, pues, como les digo, el hambre me devora. — Entonces síguenos. Y diciendo esto, se dirigieron al plantío de magüeyes.

Cuando llegaron a él, empezaron a buscar el magüey que ya tenían preparado. El zorro veía otros muy buenos, y en aquéllos quería luego tomar, pero se lo impidieron, diciéndole que le tenían preparado otro mejor. Por fin llegaron al lugar donde estaba uno de los más grandes magüeyes que estaba muy bien calado y que tenía bastante agua-miel. Junto a la boca del depósito, había una piedra grande que servía para tapar el depósito.

Subió al magüey un machín y en seguida la zorra y después el otro machín. — Mira, — le decían, — qué espesa está esa bebida y que dulce. Y hay para que tomes hasta que te canses y te hostigues. — El zorro, siempre desconfiado y mañoso, les dijo: — Bueno, bebamos todos, y tomen VV. primero para que después tome yo. — Los machines no tuvieron inconveniente y así lo hicieron, mojando primero la mano y chupándola después.

Una vez cerciorado el zorro de la buena fé de sus amigos, hizo lo mismo, metió la mano y se chupó los dedos. Como aquella bebida le agradaba, siguió haciendo lo mismo. Pero le dijeron que para que se satisficiera era bueno que metiera el hocico y así podía beber mejor y más pronto.

Así lo hizo, y cuando contento estaba bebiendo el aguamiel, sus amistades lo que hicieron fué hacerle caer la piedra que estaba próxima, y así lo machucaron, o mejor dicho, impidiéndole que sacara la cabeza. Al darse cuenta de la maldad de que había sido víctima, exclamó: — Traidores, sólo así me pueden vencer. He sido víctima de un engaño. VV. corresponden mal los favoresque les he hecho. Pero les perdono

<sup>1</sup> Véase Oskar Dähnhardt, *Natursagen*, vol. iv, p. 232; Bolte und Polívka, *l. c.*, vol. ii, p. 108. — F. B.

todo lo que me han hecho y les juro no hacerles nada si me quitan esta piedra que tanto me lastima y tanto me pesa. — No somos traidores, — contesta un machín, — ni has sido víctima de un engaño, ni es mala correspondencia de favores. Lo único que pasa es que has pagado justamente tus malas acciones con nosotros, y en este caso, tú eres el de mala alma. Tú eres el que quisiste gozar de nuestra humildad y te aprovechaste de nuestra buena voluntad. Recuerda lo que nos hiciste con los que dijiste que eran tus alumnos. Con sola esa traición, tienes la culpa necesaria para que nosotros no te perdonemos la vida. Ahora juras que no perdonas como si nosotros te provocáramos, como si nosotros te hayamos faltado, como si nosotros no fuéramos los ofendidos. Tú no mereces perdón, porque si te dejáramos con vida, después tú puedes hacer lo mismo con nosotros; y para evitar más dificultades, el único medio es que desaparezcas cuanto antes.

— No sean malos; no sean ingratos, — decía el zorro. — Sálvenme la vida y perdónenme mi falta; pero no me maten. Ténganme compasión que ya yo les perdono. — No, no, — dijeron los dos. — Tu muerte es segura, y despídete del mundo en donde has cometido tantas arbitrariedades. Tu día ha llegado y adiós.

Diciendo esto, empujaron a la zorra hasta que llegó al fondo del depósito, y la piedra fué echada de golpe sobre la infeliz zorra, que después de ahogarse se quedó inmóvil en el agua-miel.

## 7. EL ÁGUILA Y EL BUITRE.

(Ixtlán, Ixtlán.)

Un buitre, solo y triste, estaba sentado sobre un pequeño peñasco cercano a un lugar en donde estaban rodando unos restos de animales que habían ya devorado sus compañeros. Estaba triste porque en ese día no había comido, pues esperaba llegar a tiempo a aquel lugar para desayunarse, y al llegar vió que ya no habían dejado nada para él. Estaba pensando en donde encontrar su alimento antes de que se hiciera más tarde.

En eso estaba, cuando muy cerca de él, pasa un águila y con tono burlesco y humillante le dijo: — Adiós, buitre; adiós, animal asqueroso; adiós, mantenido de muertos. — Aquellas frases ofensivas, dirigidas injustamente, provocaron en el pobre buitre una gran indignación, cuando se le humillaba de esa manera sin que hubiera alguna razón para aquella ofensa. Quiso repararla en el mismo instante con una explicación que le exigiría al águila. Tendió sus alas, y echándose a volar tras de su ofensor hasta darle alcance, le dijo: — Me has ofendido y tocado mi dignidad sin que tengas motivo, y para pedirte una explicación de tu dicho, me he acercado a ti, esperando que seas tan caballero como yo para dármela a mi satisfacción. — Si de eso se trata,

bien podemos pararnos a platicar como lo desees, — respondió el águila, — y te invito a que me sigas.

Diciendo eso, ambos bajaron al suelo y situándose en una eminencia, empezaron a hablar de la siguiente manera: — Conque, señor, — dice el buitre, — V. me ha insultado inmerecidamente y por decoro mío y de mi raza, pido, como digo, una explicación de su dicho. — Buen amigo, — contesta el águila, — en mi decoro y en la honra de mi misma raza está no desdecirme de lo que he dicho. Y lo confieso; pero hay que tener en cuenta lo que le voy a decir, y así cambiará la cosa. Pues bien, V. sabe que todos nosotros formamos esa gran familia que se llaman aves. Somos muy numerosas y formamos la especie más bonita que hay en el mundo y somos también los de mejores costumbres, y nos da pena y sentimiento que VV. entre nosotros sean los animales más asquerosos que hay en el mundo. Porque entre VV. no hay mejor alimento que el animal más descompuesto y muerto, de cuyo olor VV. gozan y todos repugnan, haciéndose así VV. también repugnantes.

— Si ese es el motivo principal, — contesta el buitre, — no tienes razón para semejantes injurias, que son ofensivas, y si crees que somos los más asquerosos, podré decirte que VV. son los más criminales que puede haber porque VV. matan para comer, en tanto que nosotros no lo hacemos así. Y en este caso, es más asqueroso el de VV. — No lo creemos así nosotros porque esa es muestra de nuestro valor y dignidad, que para comer tenemos que luchar. — Es una cobardía matar para comer, valerse de sus fuerzas, aprovechando el derecho del más fuerte. Eso nunca haremos nosotros. — No, — dice el águila. — No es el derecho del más fuerte, pues también luchamos con los más fuertes, y venciéndonlos, también los comemos.

— Bueno, la cuestión es una satisfacción de nuestros insultos a mi raza. Y tengan presente que si nosotros no estuviéramos en el mundo y si nuestro modo de alimentación no fuera ése, estamos seguros que ya nadie existiera. Por nosotros, se encuentran limpios los campos, los bosques y las ciudades. ¿Qué hubiera hecho el hombre sin nuestro auxilio? ¿Cómo hubiera limpiado al mundo con tanta fetidez de animales muertos? VV. mismos ya no existieran. Ya casi hubieran perecido por la misma fetidez. El hombre y todas las sociedades nos consideran como las aves más útiles que pueden encontrarse en el mundo. Pues somos el jabón de él en cualquier parte que esté infestado.

— Dispensa amigo. No había reparado en semejante utilidad, y tienes razón en todos tus argumentos. Y aunque no puedo retirar las frases que te dirigí, como dije antes, por la dignidad de mi raza, pero tengo en cuenta tus servicios.

— Si quedas convencido de lo que te he dicho, te suplico que lo

hagas saber a tus compañeros, y díles que así como yo no los ofendo por tus actos, que son bastante reprochables, y de los cuales no quiero decir más, que no nos ofendan y comprendan la gran encomienda que a nosotros nos dió el que nos crió y formó para la conservación de la limpieza en el mundo.

#### 8. LOS PERROS.<sup>1</sup>

(Ixtlán, Ixtlán.)

Los perros tienen la costumbre, cuando no se conocen y es la primera vez que se encuentran, de acercarse uno al otro y olerse cerca del brazo. Y se paran en seguida. La gente explica esto de la siguiente manera:

Antiguamente, es decir, harán ya muchos siglos, los perros eran tratados muy mal por sus respectivos amos. Pues además de que les pegaban mucho, no les daban con regularidad sus alimentos y los hacían trabajar mucho. Durante mucho tiempo, sufrieron con paciencia aquella pesada carga de los hombres malos e ingratos, que no sabían corresponder a estos animales sus trabajos y penalidades.

Por fin, después de sufrir mucho y no siendo ya soportable continuar sufriendo con aquel tratamiento, cada quien pensó librarse de aquella pesadísima carga. Uno de tantos comunicó a su compañero lo pensado y desde entonces empezaron a invitar a todos sus amigos para tener una junta en donde acordar lo que era conveniente hacer para remediar en algo sus penalidades. La proposición fué aceptada por todos con sumo agrado, y cada quien ayudaba en la empresa, que la juzgaban bastante fácil.

Una vez enterados todos de lo que se pensaba hacer, se citó a la junta general que debía decidir sobre la resolución que se tenía que tomar. De lejanas comarcas concurrieron todos los perros al lugar determinado, que era una gran llanura en medio de unos montes espesos. Al acercarse el día, se veían aproximarse grandes rebaños de perros que presurosos marchaban a la gran asamblea.

Por fin, llegado el día, se presentaron los señores perros organizadores de aquella empresa. Fueron saludados cariñosamente por toda aquella enorme masa de perros, que veían en aquella junta el término de sus sufrimientos. Colocados en el lugar de honor y nombrados los oradores para cada grupo, empezó la reunión.

Mucho se dijo, muchas medidas se tomaron, pero también muchas eran irrealizables y por lo mismo eran desechadas. También hubo muchas quejas de parte de los hombres, de todos los malos tratamientos, y se decía tanto que ya no se sabía qué hacer. Hubo algunos que dijeron que lo necesario era la destrucción completa de los hombres.

<sup>1</sup> Véase Oskar Dähnhardt, *Natursagen*, vol. iv, p. 129. — F. B.

Después de tanto discutir y de mucho tiempo perdido sin que se llegara a un acuerdo que fuera realizable, uno de los más inteligentes subió a la tribuna y se dirigió a sus compañeros para hacerles una proposición que tenía probabilidades de dar un buen resultado. Alegaba que sobre el hombre nadie tenía más autoridad que sólo Dios, pues bien sabido era que nadie podía mandar a éste y tampoco nadie lo podía asustar. Por lo cual, a ningún otro debían de recurrir más que al único Dios que es a quien éste podía obedecer, y por lo tanto, era conveniente que llevaran su queja ante Dios, para que, oyéndolos, ya podía ordenar al hombre que se moderara en sus tratamientos. Dijo que a su parecer era el único medio posible de dar buenos resultados. Todos estuvieron oyendo al orador, y cada quien pensó que era ésta la mejor manera de hacer valer sus derechos.

Desde luego, en una aclamación general de todos éstos, fué aceptada la idea, y todos creyeron solucionada la dificultad. En seguida se nombró la comisión que debía hacer el escrito que se tenía que presentar, de la que tomó parte el mismo orador.

Se hizo el escrito que abarcaba varias hojas, en donde constaban las quejas y el favor que pedían para que en lo sucesivo fueran mejor tratados de sus amos. Una vez hecho esto, firmaron todos aquéllos y se dice que para que firmaran todos se tuvieron que emplear varios meses. Una vez terminado todo, se nombró la comisión que debía de ir a poner en manos del ser supremo el escrito aquel. Fué nombrada la comisión que la compusieron dos puros galgos. Como aquéllos no conocían la residencia de Dios, tuvieron que dilatar varios días en informarse cual era el camino que debían de seguir.

Una vez informados, partieron a cumplir su misión, y desde aquella vez, desaparecieron aquellos dos perros sin que nadie diera noticia de ellos. Por eso es que cuando se encuentran perros desconocidos, lo primero que hacen es olerse debajo del brazo para informarse si acaso no son los que vienen de regreso de la comisión con la contestación de Dios. Y hasta la fecha no regresan.

SANTA FÉ, N. MEX.